

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO. 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO. 7

TELEFONO. 2979

EL NUEVO ESTATUTO

Queremos examinarlo libres de todo apasionamiento, y sin reparar en los perjuicios o beneficios que personalmente pueda causarnos, ya que tenemos el discernimiento necesario para saber que estos códigos sólo pueden y deben redactarse con vistas al interés general de la enseñanza y de sus servidores, y con exclusión de todo interés particularísimo, aunque sin olvidar que hay derechos legítimamente adquiridos, que debieran ser intangibles, que merecen los mayores respetos.

En general, la tendencia es buena y merece aplausos el deseo manifiesto de atender algunas peticiones de la clase; pero la obra es tan radical y compleja, que se halla expuesta a errores de cálculo, y podía ser (yo así lo supongo) que la práctica demuestre en plazo no lejano la necesidad de rectificaciones.

Tiene mucho que leer y comentar; pero, hoy sólo nos proponemos dar una rápida ojeada, para hacer resaltar lo que estimamos de más bulto entre lo que a nuestro juicio constituye acierto o desacierto.

Digno del aplauso que, sin excepción, le tributará todo el Magisterio, ya que reiteradamente así lo pedía, es el hecho de asignar sueldos de todas las categorías a las Escuelas de nueva creación; y en esto nuestras esperanzas se han visto colmadas, porque las han concedido en mayor proporción de la solicitada, acaso para ganar en tres o cuatro años el camino perdido, el retraso sufrido desde que lo venimos pidiendo como cosa justa. Es, en mi concepto, otro acierto (y en esto ya sé que discrepo de la opinión de la mayoría de la clase) llevar

las plazas de nueva creación a la oposición restringida, para estímulo y premio de los estudiosos, además de que así no se defraudan las esperanzas y planes de los que, atendiendo a lo que hasta ahora da de sí el Escalafón, han calculado el tiempo que tardarán en disfrutar un nuevo sueldo.

Es otro acierto la creación del «Certificado de cultura general» que tantas veces hemos pedido.

Otro la formación del almanaque escolar y la supresión de una hora de clase en beneficio de niños y Maestros.

Otro, y grande, hubiera sido la escala de indemnizaciones por casa, si se hubiera hecho cargo del emolumento el Estado, a reintegrarse de los Ayuntamientos, ya que ahora costará un rato largo e improbos esfuerzos darle efectividad.

Sólo a medias prestamos nuestro asentimiento las restricciones en concursos, permutas, oposiciones, derecho de consortes, etc., porque las han exagerado tanto, que no han sabido hallar el término medio, que es el justo.

En esto se ha impuesto el radical criterio de *A gran seca, gran remojada*.

Ahora veamos el reverso.

Nos parece mal el último párrafo del artículo 15 que dispone que los Maestros cónyuges, residentes en la misma población, disfruten de una sola casa habitación o de una sola indemnización en su caso.

Esto ha sido una ligereza de los asesores del señor Ministro, y ya no es la primera vez que ocurre.

Si la medida se considera justa, dispóngase para los que contraigan matrimonio en lo sucesivo, y así nadie se lla-

mará a engaño, ni se atropellarán derechos legítimamente adquiridos; pero debieran respetarse los obtenidos al amparo de una ley (que en buen principio jurídico un decreto no puede anular ni modificar siquiera), y que vienen disfrutándose desde hace muchos años.

Tales ligerezas, tan fáciles atropellos al derecho, sientan mal en personas que debieran, por sus cargos, ser viviente ejemplo de respeto a lo constituido y a la propiedad.

Nuevamente se encuentran los interesados frente al caso que el señor Burell planteó: como andan sobrados de dinero, junten sus pesetas y corran a contar sus cuitas a un abogado, que vaya a recordar al Supremo que ya en otras ocasiones restableció este mismo derecho atropellado por anteriores Licurgos uel Ministerio de Instrucción pública.

Y vuelta a preparar la hucha para cuando disfrutemos de un nuevo ministro fácilmente convencible o sorprendible, y le dé la humorada de dar otro golpe de émbolo, cosa que, seguramente, no se hará esperar mucho.

Tampoco aplaudimos ni nos explicamos lo de la formación de un solo tribunal de oposiciones, con lo que ni se gana tiempo ni se economiza dinero;

pero, en cambio, se produce gran confusión.

Yo, que he formado parte de tribunales de oposición en distintas ocasiones, actuando pocos y muchos opositores, sé lo difícil que es juzgar con acierto, tener absoluta seguridad de que se ha procedido con estricta justicia, cuando se suceden, como en cinta cinematográfica, opositores y más opositores.

Ya pueden tomarse abundantes notas, y repasarlas y cotejarlas frecuentemente; llega un momento, pasados los treinta o cuarenta primeros, que impera la desorientación. ¿Cómo podrá ocurrir otra cosa ahora que habrá región en donde actuarán ochocientos opositores?

¿Y qué razones hay para excluir de esos tribunales a las Profesoras de Normal? Ninguna sería.

¿Y para conservar en ellos al sacerdote? Convencionalismos políticos.

¿Y no digamos que haya refrendado el decreto un maurista!

Observarán ustedes que, por no parecer mal pensado ni exageradamente asustadizo, ni traigo a colación a Friné, ni miento siquiera a doña Moralidad.

Dejemos para otro articulillo hablar de la provisión de destinos.

G. FATAS

Certamen pedagógico de Avila

(Conclusión.)

(Véase números 6.629 y 6.654.)

¿Qué letra señalo yo?

—La *p*.

—Bien. Si a esa letra *p* añado una *a*, dice *pa*; si una *e*, *pe*; si una *o*, *po*; si una *i*, *pi*; si una *u*, *pu*.

Voy a escribir en el encerado las combinaciones que resultan de la *p* con *a*, *e*, *i*, *o*, *u*.

pa, pe, pi, po, pu.

Las pondré en otro orden para que no las aprendáis solamente de memoria sin distinguir las bien:

po, pe, pu, pi, pa.

Ya sabéis leer cinco sílabas. Observo que estáis contentas.

Hagamos otro tanto con la *b*:

ba, be, bi, bo, bu.

bu, bo, be, bi, ba.

Que lea una niña las primeras sílabas, es decir, el primer renglón de las combinaciones escritas en el encerado.

Otra el segundo renglón; ahora el tercero; otra el cuarto.

Os las voy a escribir en forma redonda y manuscrita (Lo hace).

Escríbeme (a una niña) la sílaba *po* en el encerado. Ahora, otra, la sílaba *be*.

No están bien; pero no nos extrañamos, porque es el primer día que escribís sílabas.

Ya conocéis las letras y las sílabas; pero vamos a escribir una sencilla pa-

labra. ¿Veis la sílaba *pa*? La repito, y dice *papá*.

Señaladme la sílaba *ma*. Bien. Si la repito dirá *mamá*.

Voy a repetir la sílaba *bo*. ¿Qué dice?
—*Bobo*.

—Ya sabéis leer y escribir tres palabras completas.

¿Queréis vosotras que os llamen bobos o bobas?

—No, señora.

—Pues como no aprendáis a leer y a escribir, lo pareceréis muchas veces.

Además, de esas tres palabras podéis formar con los elementos conocidos muchas más.

pepa, pipa, bebe.

Estas palabras las vais a escribir vosotras en el encerado.

Ya están; pues ahora en las pizarras.

La niña que las escriba bien en la pizarra las escribirá después con tinta.

Pero antes escuchadme, que os voy a contar un cuento para que veais la utilidad de estas dos artes que se llaman lectura y escritura.

¿Os gustan los cuentos?

—Sí, señora.

—Pues oiréis uno bonito.

(El asunto del cuento es el de «La gran noticia», de Ricardo Palma).

Una niña bonita llamó a un viejo que pasaba por la calle, y le dijo: «Señor, haga el favor de leerme esta carta que me ha escrito una tía que tengo en el Perú». El Perú está muy lejos de aquí. El viejo tomó la carta, la miró y empezó a llorar. La niña al verle llorar se asustó, y preguntaba: «¿Está enferma mi madre?» El viejo decía, contestando: «Es peor lo que te sucede, hija mía. —¿Qué será, Dios mío? —Pues es... que tú no sabes leer ni yo tampoco.

¿Qué os ha parecido el cuento? Ya veis que aquel señor viejo decía que era una desgracia grandísima no saber leer y escribir, mayor que una enfermedad de nuestras madres a quien tanto queremos.

Mañana os contaré otro más bonito.

Grado medio.—Hoy vamos a leer en el manuscrito de Pelfort. El punto que tengo elegido para la lección es de interés, y para que mejor lo comprendáis debo deciros que la autora considera el conocimiento del corte de ropa blanca, delantales, batas y sencillos vestidos de utilidad indispensable, es decir, de nece-

sidad para la mujer. Manifiesta a las niñas que el corte debe saberse con preferencia a las labores de adorno, a la música y a la pintura.

Leeré yo la primera para que lo imitéis; después, vosotras. Atención: «El cultivo de cualquier rama de las bellas artes, como la música, la pintura, etcétera, es un adorno para las niñas; pero el conocimiento del corte de ropa blanca y vestidos, les es tan útil como indispensable, porque además de constituir su verdadero adorno, es un medio de economía doméstica y un poderoso recurso para subvenir a las necesidades de la familia. En una palabra, la industria por excelencia propia de la mujer.»

Ahora lee este mismo punto (indicando a una niña). Has leído muy de prisa, y además las palabras constituir y subvenir no han sido bien pronunciadas. Fíjate cómo las pronuncio yo.

(Otra niña lee este mismo punto). Bien; antes de pasar a otro, decidme: ¿Cuáles son las bellas artes? ¿Por qué el corte es indispensable a la mujer? ¿Cuáles son las labores de necesidad? ¿Hay alguna mujer dispensada de saber cortar ropa blanca? Y el corte de vestidos elegantes, ¿interesa a todas? ¿Por qué el corte es un medio de economía? ¿Por qué un recurso para atender necesidades de familia? ¿Qué quiere decir qué es la industria propia de la mujer?

Después de explicadas cuantas interrogaciones las niñas no hayan sabido contestar con propiedad, seguirá la lectura individual, pero alterando el orden de sección para que no se distraigan con la facilidad que suelen hacerlo. Es conveniente que después lean de tres en tres, y, por último, toda la sección en coro.

Escribid en el encerado algún pensamiento derivado de la lectura. *La mujer que no sabe cortar prendas de vestir puede causar la ruina de la familia.* Otro. ¿No acertáis? Yo te diré, escribe: *La mujer que no sabe el corte de ropa blanca se ve privada de puras y sanas distracciones.*

Empecemos el análisis gramatical de la última frase. (Se hace el análisis, resaltando el ortográfico).

Preparad vuestros cuadernos de dictado. *La mujer (dictando) sensata corta sencillos y honestos vestidos; solamente*

Las frívolas los confeccionan con adornos excesivos; pero tened en cuenta que muchas elegantes circulan por ahí como monedas falsas; se las mira algún tiempo para después todos despreciarlas.

Corregiré: Las cruces que hago sobre algunas palabras indican que están mal escritas. Pensad un poquito y enmendar vosotras mismas.

Os voy a enseñar un verso bonito para que lo aprendáis de memoria, y después podáis recitarlo. Ya os pusisteis contentas por lo mucho que os agrada recitar. Me alegro de ello; la recitación es más útil de lo que vosotras os figuráis; con ella se perfecciona muchísimo el idioma.

«La miseria causa horror,
y es de la virtud alarma;
aplicate a la labor;
la aguja, niña, es un arma,
escudo de tu pudor.»

Ahora redactaréis una cartita a vuestras mamás manifestándoles que habéis empezado en la Escuela el aprendizaje del corte. La carta mejor redactada será premiada con una estampa; la de más limpia y hermosa letra, con un lápiz.

Grado superior.—Hemos leído ya en «Trozos escogidos» hasta la página 80. En la que hoy corresponde, 81, está «El amor patrio», de Castelar.

Dice este famosísimo orador que siempre ha sido sagrado el dulce nombre de patria. Que aun cuando consideremos todo el planeta como nuestro hogar, y a todos los hombres como hermanos, no por eso vamos a amar menos el pedazo de tierra que nos vió nacer. Sigue diciendo que ninguna emoción puede compararse a las emociones de los primeros años; que el amor hacia nuestro pueblo es ciego y constante.

Primeramente leeré yo con el fin de que imitéis la lectura que voy a hacer de este modelo acabado de belleza literaria. (La Maestra pondrá en la lectura toda la perfección posible, por lo mucho que vale el ejemplo vivo, procurando captarse la atención de sus oyentes). (Por abreviar no se copia el bello escrito a que se hace referencia, que termina así): «...cantaban los coros de las aves a los ojos de la infancia. ¡España! ¡Patria bendita! Así serás siempre sagrada, porque tú estás ungiada con las lágrimas de nuestras madres.»

Lee el primer párrafo (a una niña), y ten presente que no se trata de un cuento ni de una historieta, sino de un discurso, que ha de ser leído con distintas inflexiones.

La Maestra hará notar en seguida los defectos de la lectura, tanto por lo que a los signos afectivos se refiere como a la entonación, pronunciación e inflexiones de la voz. Hasta que el primer párrafo no haya sido bien leído, no debe pasarse al segundo.

La falta absoluta de buenos lectores tiene como causa principal el no corregir convenientemente los vicios naturales o adquiridos. Al corregir a las niñas debe decirseles con frecuencia que si no hacen bien la lectura en alta voz, nunca recitarán ni declamarán bien, puesto que estas artes de aquella nacen.

Cuando una niña termina de leer un párrafo, se explican las expresiones difíciles, se les exige una brevísima narración, y así continuaremos con los demás párrafos y las demás niñas. El último párrafo «¡España! ¡Patria bendita!, etc.», será leído a coro por toda la sección.

Vamos a escribir en el encerado las ideas principales. *El amor sagrado de la patria será vulgar, pero siempre será sublime. Nos parece que hay en nuestra sangre savia de sus plantas, y en su polvo compasión para nuestras cenizas.* (Se continúa con alguna idea más).

Se entabla una animada conversación, que puede ser la siguiente:

¿Tenemos las mujeres obligación de amar a la patria como los hombres? ¿Nos impone las mismas obligaciones? ¿Como la defiende el hombre? ¿Cómo debemos defenderla las mujeres? ¿Exige de nosotras sacrificios la patria? Indicadme alguno. ¿Es pequeño el sacrificio de dar sus hijos? ¿Se ama sólo a la patria defendiendo el territorio? Decidme otras maneras que hay de amar a la patria. ¿Qué lugar ocupa España en la historia de los pueblos? En la decadencia, ¿debemos despreciarla?

Escribid al dictado unos renglones dedicados al emblema de la patria.

Colores de sangre y oro
adornan nuestra bandera;
no hay oro para comprarla
ni sangre para vencerla.

El número de faltas ortográficas lo

palacio inmenso de los cielos azules. Muda Mercedes, recostaba su cabeza sobre el tapizal de jazmines. Federico la miraba a ella. Ella miraba lejos. Comenzaba a cernerse una niebla blanquecina sobre el campo, y desmayábase el sol moribundo, besando con sus rayos suaves las altas cresterías de la Sorocha. La canción del regato sonaba más dulce; más vibrante también hendía los aires la coqueja regional, y se escuchaban trinos musicales de pardillos y ruiseñores, piar insistente de gorriones y rezongueo de hatos que levantaban, al pasar por la verja, tólvaneas de polvo. Tintineaban, vibrantes, los esquilones. Llegaban los ecos de las campanas de la lejanía tocando el ángelus; chirriaban los carros y se oían las lentas pisadas de las bestias, rendidas por el trabajo, abrasadas por la caricia ardiente del sol de estío.

—Me ha interesado usted vivamente—señorita de Valdigna—dijo en voz casi baja Montornés, que, aunque no era precisamente un romántico, tenía suficiente sentido estético para dejar de sentirse impresionado en la hora augusta del crepúsculo, fecunda en sensaciones misteriosas; por la loca alegría de la madre tierra, expresada en murmullos de frondas y madrigales de regatuelos; por la belleza ideal y suavísima de aquella hermosa criatura que a su lado, bajo sus miradas, insensible a la vida que cantaba, estremecida, junto a su alma, permanecía fría y quieta, como un bloque de hielo.

—Las confidencias que usted me ha hecho me han conmovido mucho, y advierto a usted que no soy de los que se conmueven fácilmente. Debo, además, a usted las atenciones de esta tarde, que no olvidaré nunca, y quisiera...

Se detuvo un poco, escrutando la impenetrable mirada de la hermosa; ella sonreía y le miraba con los ojos muy abiertos en espera de sus palabras.

—...Quisiera que no nos separásemos como simples conocidos, sino como buenos amigos. Esta tarde de intimidad bien vale por algunos años de trato; ¿no cree usted? ¡Cuántos en el mundo en que yo vivo no se han dicho, al cabo de diez años de amistad, lo que usted me ha dicho hace un rato! Considerémoslos como antiguos amigos.

—¿Para qué quiere usted mi amistad?... Vale bien poco; soy una pobre muchacha obscura e ignorante—dijo sencillamente Mercedes.

—Es usted una mujer de corazón, como he conocido muy pocas—interrumpió él vivamente.

—Y además, esta amistad no puede perdurar. Usted vive en una esfera distinta de la mía. A nosotros que otra casualidad, como esta de la vía, le vuelva a acercar a este destierro, es probable que no nos veamos más en toda nuestra vida; porque pensar en que yo salga de aquí, es pedirle peras al olmo. Pero si es gusto de usted contarme entre las muchas amigas que seguramente tiene un hombre de sus condiciones, sea desde ahora.

—¿Me recibirá su familia si vengo a visitarla?

—Seguramente.

—Y si escribo a usted cuando me marche, ¿me contestará como una buena amiguita cariñosa?

—Escribo muy mal, pero le contestaré.

Severina llegaba sofocada a dar cuenta de que el auto, después de mil trabajos, porque las bestias, asustadas, no querían tirar de él, había sido por fin conducido al hostal, donde el chófer maniobraba en el motor.

—Me voy; Joaquín Madoz debe estar al caer...
!Cómo agradecer a usted bastante estas horas inolvidables, Mercedes!

Tribeó un poco antes de decidirse a darle sensiblemente su nombre de pila. A ella le pareció que, al hacerlo, la voz de él se había vuelto opaca. No lo contestó; le estrechó la mano con la suya sedosa, perfumada por el roce de los jazmines. Estaban de pie, junto a la verja; él, sobre el portal de la puertecita abierta. Comprendían que era hora de separarse, pero ni él ni ella lo deseaban; él, bajo un encanto dulcísimo de paz; ella, contenta al sentir la caricia de los ojos y de la voz de aquel hombre que no tenían la frialdad de los de Madoz, sino un calor suave y misterioso.

Se fué el sol. Obscurecióse el paisaje, y sobre el claro cielo, franjas violentas de fuego prometieron vandas para el día siguiente. Destilaban junto a los dos jóvenes, mirándose con extrañeza, cuadrillas de segadores, que armaban estrepitosa algarabía de risas y canciones, que dejaban al pasar perfumes de salud y de fuerza. A coro cantaban con tonos valientes la jota regional, cuyos acentos llenaban el valle de sentida y dulce poesía.

Y cantaban; pasaban con el cuerpo desmayado de cansancio, deslumbrados aún por el sol fortísimo del día muerto, con el júbilo chispeante en sus pupilas, y en el acento vigoroso del canto, triunfando la fortaleza del espíritu, del agotamiento corporal.

Levantando remolinos de polvo pasó una diligencia atestada de viajeros.

—Adiós, Mercedes—dijo por fin Montornés suscitándose a la sugestión que le retenía inmóvil en

sus ojos se volvían fríos hacia otra mujer. Sin la dignidad que se alzó para impedirlo, sin el amor propio alborotado por el temor del ridículo, Mercedes hubiese descargado el fardo de sus amarguras en el seno de aquel amigo instantáneo.

Toda esta avalancha impetuosa de sentimientos diferentes pasó como un relámpago por sus ojos grises; ella previó que Federico la había visto, vio lenta y fugitiva como una centella, cruzar por la limpidez de su mirada; y queriendo disfrazar algo la verdad, que tal vez él adivinó con transparente perspicacia, se apresuró a decir lentamente estas palabras, que eran también una cruel certeza:

—No es un desengaño de persona determinada lo que yo he recibido—mintió valerosa—: es un desengaño ideal, especialísimo. Estoy cansada, señor Montornés, cansada de esperar ese algo que todas las muchachas esperamos; cansada de esperar el amor que no llega.

Estremeciéndose Federico Montornés ante aquella pena que adivinaba, más honda de lo que la muchacha quería aparentar. Miró la casona gris, con sus torreones góticos. A la luz grisienta del atardecer, le pareció más parda, más sombría. Sus muros se le antojaron más fuertes, más pesados, más inexpugnables. En la muerte quietud, en la soledad de aquel momento, le pareció un panteón. Volvióse después hacia la joven, envuelta entre los pliegues de su bata blanca, tan feble, tan delicada, tan rubia..., primorosa sensitiva que se cierra al soplo impuro; alma enferma de amor que agoniza, y creyó crimen monstruoso sepultar en vida aquella escultura que debía lucir sus perfecciones al sol, cortar las alas al águila que quería volar por el

en él tenía puestas la ternura sobrante de su alma y su orgullo de artista, porque artista es el labrador que con su ingenio y con su fuerza troca el yerno en fértil vega productora o en barbecho esponjoso.

—Está usted bajo una impresión de desaliento—dijo cariñosamente Federico acercándose a ella y tomándole una mano, blanca mano de seda que acarició con un placer peligroso.

—Estoy siempre igual—aseguró ella.

—No puede ser; para hablar siempre así, como usted hablaba antes, es menester vivir en un estado de desesperación que yo no concibo en una criatura tan joven, ni aun estando bajo el peso de un engaño de amor reciente y cruel; y digo un engaño de amor, porque es inconcebible que haya causa más dolorosa en una juventud como la de usted.

No dijo nada la princesita rubia, perdida en una vaga melancolía.

—¡Y es usted tan bonita..., tan bonita!—suspiró él, como si hablase consigo mismo.—Usted no es de las que reciben desengaños ni desaires.

Con impulso loco sintió alzarse la joven en su pecho una ola de clara franqueza. Quiso decirlo todo, verterlo todo en el seno de aquel amigo que la casualidad le brindó para una tarde, segura de que al separarse sus confidencias morirían en el olvido. Intentó decir, descargando su alma de aquel secreto cuyo peso molesto la agobiaba, que adoraba a un hombre, y que aquel hombre sólo tuvo para ella desde el primer instante el afecto reposado de la amistad; que se consumía en ansias de amor; que pedía a gritos una limosna de ternura, y que

la puertecilla.—Has'a muy pronto.

—Hasta que usted quiera—contestó ella con dulzura.

Le alargó la mano; él la tuvo un instante en la suya; la estrechó con presión elocuente, y se alejó por fin. A ella, a Mercedes, le quedó un desconuelo inexplicable, como de quien pierde algo de mucho valor. Se quedó quieta, quieta, hasta verle desaparecer en un recodo de la carretera.

Montornés llegaba casi al pueblo. Las luces encendidas alumbraban apenas las callejas empedradas, estrechas, rememoradoras de los años remotos medievales. El ingeniero tropezó dos o tres veces, con riesgo de caer, y maldijo a las autoridades analfabetas y testarudas que se empeñaban en tener el pueblo a oscuras, cuando a tan poca costa, con sólo un sacrificio insignificante de amor propio, la clara luz de los focos eléctricos podía alegrar y desentenebreecer aquellos callejones tortuosos.

En las puertas tomaban el fresco corrillo animados de labradores. De las cocinas salían agradables tufillos. Entró en el zaguán de la posada del señor Quico Satorre. Majestuosa, en la calma de la noche, resonaba la canción valiente de los mozos. Se oía el rasgueo de una guitarra, un repique vibrante de castañuelas.

Se perdía la canción moceril en el silencio grave de la noche, como un eco de añoranzas moras, como un clamoreo de entusiasmo y de vida.

Se perdía... se alejaba...



VII.—REBELLION



El maestro subía diariamente al Carrascal. Mediaba julio; y como las tardes eran largas, emprendía temprano la subida a la finca, caballero en el potro de Montejo, unas veces, y otras en el Mercedes de Montornés, cuando el tiempo amenazaba tormenta y ambos hermanos, temerosos de estar una tarde sin su grata compañía, le enviaban galantemente el coche. Estas visitas asiduas alarmaron de tal manera a María de las Mercedes, que adelgazaba a la carrera, y, por si algo faltaba a su sufrir y a sus celos, la gente del pueblo cuchicheaba en la fuente y decía... ¡Santo Dios, lo que decía!... Que el maestro se casaba con la señora aquélla del Carrascal, porque ¡a qué sino las frecuentes visitas de D. Joaquín a la masía? ¡Pobre señorita Mercedes, tan enamorada que estaba del señor maestro!

Estas y otras expresiones llegaban hasta los oídos de la hidalga doncella, sin que sepamos a ciencia cierta quién fuera el osado malandrín que las entorrecía en el palacio; y aunque exteriormente aparentase un olímpico desprecio, por dentro se retorcía y rabiaba con terrible locura. La algarabía de

morarse, ni bastante tontos para casarse con una infeliz que, como yo, no puede aportar al matrimonio más que su cuerpo, que no es ninguna perfección, y su alma, que debe tener muchos defectos. Hoy se han acabado los primos, Sr. Montornés. Cáustica la muchacha, rela, rela. Y su risa tenía el poder de mortificar a Montornés, azorado de oír aquellas verdades, ni más ni menos como si fuesen enderezadas a él.

Quedaban escasamente dos horas de sol: un sol rubio y brillante que lanzaba sus claros rayos de oro sobre los campos ardorosos cubiertos de rastrojos; sobre las huertas lozanas; sobre los olivares pardos de espeso ramero. Federico, tranquilizándose al fin, sin palabras que contestar en aquel momento, dióse a respirar a pleno pulmón el aire serraniego, empapado de aromas de flores con sabor a tierra fecunda y a trigales cuajados. Dejaba que se le entrasen por los ojos el paisaje riante, las casitas blancas del poblado, las arboledas umbrías, la vega injuriosa, el castillejo en ruinas, las albercas susurrantes que cantaban entre juncos una melodía reidora... Golpes vigorosos de azadas resonaban sobre el suelo fructífero, deshaciendo en menudo polvillo los terrones durísimos de hierro; la tierra apelmazada por el pisar continuo de aquellos días de siega, llenos de tráfago, y, a compás con ellos, fuerte y robusta, se elevaba la dulce coqueja del terruño, matizada de estremecimientos pasionales. El rostro del labriego cuajaba perlas de sudor, pero apenas hacía mella sobre la piel de bronce. Obrero infatigable de los campos, aferrado a él como una planta de espesa raigambre, sobre él trabajaba para arrancarle el pan de sus hijos, y

anoto al final; enmendadlas con la ayuda del diccionario.

Analicémoslo gramaticalmente comenzando por la Sintaxis. (Se analiza)

Tomad estas cuartillas para la composición escrita que haréis ahora sobre el amor patrio, resumiendo cuanto hemos dicho y leído. El mejor trabajo lo copiará su autora, después de corregido, en el cuaderno que guardo a este objeto.

Reflexionad sobre el asunto, y disponed las ideas con claridad sin abusar de las conjunciones, vicio en que caéis con frecuencia.

Cuando llegue la hora del canto, lo suspenderemos hoy por la recitación. «El Dos de Mayo», de Bernardo López García, es la poesía escogida para este

día. Por la tarde cantaréis el himno a la bandera.

Después de recitado «El Dos de Mayo» se dirige a las niñas un breve interrogatorio sobre la guerra de la independencia, procurando despertar en la infancia sentimientos patrióticos, que es uno de los fines que todo educador debe proponerse.

Termino felicitando respetuosamente a la Junta provincial de Primera enseñanza por su feliz acuerdo, que corrobora una vez más su interés por la enseñanza, por las Escuelas y por los Maestros.

22 septiembre 1922.

REVISTA LEGISLATIVA

Notas y observaciones sobre el nuevo Estatuto

El censo y el traslado.—La división de Escuelas para los efectos del turno de la provisión en dos grupos, según sean de más o de menos de 500 habitantes, va a producir perturbaciones a todos.

Hay Maestros de derechos plenos, en poblaciones menores de 501 habitantes, que desean trasladarse a otras del mismo grupo. Hay muchos Maestros del segundo Escalafón, en poblaciones mayores de 500 habitantes, especialmente entre 500 y 1.000, que también quieren trasladarse dentro del mismo grupo, lo cual tenían reconocido por la ley. Cuando uno de éstos pase a plaza menor de 500 habitantes, se pierde una plaza de las dedicadas a los interinos. Cuando uno de plenos derechos pasa a población mayor de 500 habitantes de otra menor, pierden una plaza los opositores. El propósito de esa separación no se ha de lograr.

En cambio, la Administración tendrá necesidad, en casi todos los casos, de preocuparse del censo para ver si puede o no expedir el nombramiento a determinados Maestros. Esto del censo siem-

pre ha sido una perturbación para estas cosas. Por otra parte, muchos de plenos derechos piden plazas inferiores de 500 habitantes, porque según ellos el nuevo Estatuto no los excluye categóricamente. Quizá el asunto no esté claro del todo, pero el criterio de la exclusión, que nosotros hemos expuesto, está ratificado por declaraciones oficiales, y salvo mudanza, se confirmará en disposiciones aclaratorias.

Creemos sinceramente que no habría alteración sensible en los resultados, para opositores ni para interinos, prescindiendo de esa división y dejando en libertad de solicitar.

Las resultas del turno voluntario se repartirían entre opositores e interinos, como está mandado; es decir, según el censo, pero después de un turno voluntario, independiente de esa división. Con ello creemos que no saldría nadie perjudicado, se simplificaría el trabajo en la Dirección de Primera enseñanza, y no se alteraría sensiblemente el reparto de resultas entre interinos y opositores. Creemos que debe meditar-se.

GURSILLOS DE PERFECCIONAMIENTO

LO QUE DEBEN SER

Parece que el Gobierno se propone organizar cursillos de perfeccionamiento para el Magisterio nacional. En la fecha en que estas líneas escribo se está celebrando uno en Jaén, con el concurso del Director general de Primera enseñanza, el señor Gascón y Marín y otras ilustradas personalidades.

Bien, y hasta muy bien, me parece todo lo que tienda a aumentar la capacidad docente del Magisterio; labor patriótica, de un exaltado patriotismo, considero toda iniciativa enderezada a purgar la Escuela de monótonas rutinas ancestrales, y a conseguir que el esfuerzo personal del Maestro produzca el rendimiento proporcionado al indiscutible gasto de energía, llevando a la diaria y abrumadora labor métodos, procedimientos, habilidades ingeniosas, fruto de la experiencia y observación de mentalidades que lograron destacarse de la anónima generalidad, y a las cuales todos debemos reverente subordinación; mas con todos los respetos debidos declaro que, a mi juicio, los tales cursillos, en la forma que se celebran, son casi del todo ineficaces.

No intentaré afirmar que la cultura del Magisterio nacional sea extraordinaria, ni menos comparable con la de los ilustres catedráticos que integran el profesorado de los referidos cursillos. Su preparación es harto más modesta, más modesta su conceptualización social, y modestísimo el plano económico en que desarrolla su vida; pues sin incurrir en las exageradas lamentaciones con que a diario deprimen y empequeñecen la clase muchos Maestros, fuerza es reconocer que queda mucho por andar al Magisterio en el orden económico.

Mas si no extraordinaria la cultura del Maestro español, no es tampoco acreedora de menosprecio, y sí la suficiente para la misión que le está encomendada. Habrá de fijo contados Maestros que no posean bagaje científico y literario muy superior a los conocimientos que comprende y debe comprender la Primera enseñanza.

El Maestro nacional sabe de sobra lo que ha de enseñar a sus alumnos. Si deficiencias hay, que las hay indudablemente, es en el cómo ha de enseñar lo que sabe.

Ahora bien. ¿Pueden salvarse tales deficiencias llevando a las capitales de provincia quince o veinte Maestros, y dándoles varias luminosísimas conferencias?

Yo creo que no. Podrán la galanura de estilo y la profundidad de pensamiento de los conferenciantes subyugar al exiguo auditorio y confundir el corazón y las manos en espontánea muestra de admiración entusiasta; podrán llevar a los Maestros a investigaciones y experiencias de innegable utilidad en el orden industrial y científico; podrán aumentar algo la cultura de los contados asistentes a dichos actos; pero en bien poco o en nada mejorarán las condiciones de nuestra primera enseñanza.

Los cursillos, para ser eficaces, tienen que revestir un carácter eminentemente práctico; deben ser apostolados de la Metodología, con el doble aspecto de racional y empírico; deben ser sencillamente lecciones de Maestros consagrados por bien ganada fama de competentes y entusiastas, en las que los demás podamos aprender cómo se enseña y se educa.

Tal finalidad puede conseguirse de un modo menos aparatoso y realmente eficaz.

En España habrá por lo menos una docena de Maestros especializados, por sus aficiones y particulares estudios aquí y en el extranjero, en las diversas materias del programa escolar.

Escójase a esos Maestros con miras exclusivamente pedagógicas, purgadas de influencia política; elijanse de aquellos que, a más de su prestancia, tengan probado su entusiasta amor a la enseñanza y espíritu decidido a sacrificarse por ella, que los habrá indudablemente, y que como nuevos apóstoles, émulos de los de Cristo, vayan de provincia en provincia, de partido en partido, y si posible es, de pueblo en pueblo, perfeccionando a los Maestros en el arte de enseñar por medio de lecciones prácticas

en la Escuela con asistencia de los alumnos.

De esta manera se realizará labor de positiva utilidad, cuyos beneficios alcanzarán a todos los Maestros, y, por ende, a todas las Escuelas. Pues celebrándose tales lecciones en las cabezas de partido, y siendo corta su duración, pues, como es natural, no todos los profesores han de actuar a la vez en la misma localidad, a ellas asistirán de fijo, y *sin dietas*, todos los Maestros que, aunque muchos no lo crean, están ansiosos de perfeccionar sus aptitudes y de realizar labor enaltecedora de España, que pueda competir sin desdoro con la de los países más adelantados en la esfera de la Pedagogía.

MAXIMINO PINTOR

Linares (Jaén).

NOTAS RURALES

A Leonardo Fernández Rico, a guisa de estímulo

Un Maestro novel, entusiasta de la naturaleza, no cesa un momento en su empeño de conseguir que los niños respeten a los pájaros. Razones de índole sentimental y utilitaria le animan en su propósito.

Y tal es el cambio operado en el sentir de los niños por la tan cariñosa como cautivadora palabra del Maestro, que si ayer experimentaban cierta satisfacción destruyendo nidos y maltratando a inocentes pajarillos, hoy, en cambio, gozan más y más con la contemplación de unos y otros; siempre les produce ahora delectación el contemplar un nido construido con ingenio, que maravilla nuestra inteligencia, y pensar que andando el tiempo los huevecillos colocados en el mismo se convertirán, obedeciendo a las inmutables leyes de la naturaleza, en otros tantos pajaritos que, juguetones, cruzarán el espacio, alegrándole con sus trinos.

La voluntad, puesta al servicio del entusiasmo, ha conseguido de las infantiles criaturas que vean en el nido un algo sagrado, y ya su irreflexión no le destruye por el mero capricho de jugar, sino que, por el contrario, cuando está en sus manos la libertad de algún pajarillo prisionero, se reúnen para sal-

varle, y entonces brilla en sus ingenuos semblantes esa alegría infinita que proporciona hacer el bien por él mismo.

Pero, ¡pasmaos!, lectores. La noble labor del Maestro tropieza con obstáculos insuperables. Las gentes, incapaces de comprender el favor que se hace al immaculado sentimiento del sér infantil, suelen oponerse desgraciadamente, y así vemos que mientras un chiquito de alma delicada pone a disposición de su Maestro un pajarillo que posee, para darle libertad en los escasos minutos en que se interrumpen las tareas escolares, su abuela—mujer noble acaso, pero con desconocimiento del fin perseguido—se opone a entregarle, y cuando niños y Maestro, congregados en la plaza, en la que tiene lugar el recreo escolar, esperan alborozados la llegada del pájaro prisionero, un pequenín, de generoso sentir, se aproxima contrariado a su Maestro para exponerle las causas que estorban su buena acción.

Los niños entonces lanzan al aire sus tiernas vocecitas en son de protesta; el Maestro pronuncia palabras saturadas de amarguras y decepción.

—¿Qué hacer?—dice.

Por un momento decae su ánimo viendo que la familia, en vez de colaborar con él, sirve, ¡y no es poco!, para entorpecer su labor...

¡Pobre Maestro, cuántos obstáculos tienes que vencer!... Mas no olvides que tienes encomendada la suprema misión de hacer despertar a estas gentes. No te desalientes, Maestro; cumple tu augusto ministerio, que cuantos más escollos dificulten tu paso por el sendero a seguir, tanto más deleitable será el placer que experimentes cuando ese sendero, hoy cubierto de espinas y abrojos, se vea matizado de flores, de aromas, de espíritu, de un algo sutil...

ADELA CABALLERO

Santa Ana de Pusa (Toledo), junio 1923.

ALBORADAS

Ramillote de poesías conteniendo 95 composiciones de variedad de metros, por D. Ezequiel Solana.

154 páginas. Ejemplar, 1,25 pesetas.

Correspondencia

Puigvert. P. R. Todas las Escuelas de que tenemos noticia, que han de quedar vacantes en 1.º de septiembre, las hemos publicado en el periódico.

San Vicente de Grove. M. G. P. El 8.404; el canje de título hay que hacerlo en la Escuela Normal donde se acabaron los estudios.

Las Labores. J. J. E. El 8.600.

Orcheta. J. P. No cobra en la Escuela desde el día que cesa, pero le deben abonar la parte de pensión de esos días en la clasificación.

Villaescusa de Haro. B. R. Llegó su carta, pero no los sellos que anuncia en ella.

Alayor. A. M. Podría obligarle a aceptar casa y salirle el tiro por la culata.

Plencia. C. Ll. Recibida carta; le quedo muy agradecido.

Ceclavín. C. R. Se tendrá muy presente.

Montblanch. L. A. Con mucho gusto.

Ribadeo. O. R. Advírtalo al hacer nuevo pedido; las Direcciones deben ser solicitadas por los Maestros de Sección.

Villamuño. M. D. Así lo entendemos.

Burgui. V. A. Ese error puede pedir que sea corregido; hay de esas Escuelas en Madrid, Zaragoza y Bilbao, entre otros, pero suele ser difícil el ingreso.

Cañizar de los Ajos. B. V. Creo que por ahora no habrá oposiciones restringidas; debe poner el nombre de la capital, y entre paréntesis (casco), para evitar ese peligro.

Pontevedra. A. O. Remitida Didáctica pedagógica Solana.

Garganta de los Montes. M. D. Será servido.

Nava del Barco. F. S. P. Los cuestionarios para las oposiciones aparecerán en la «Gaceta» pocos días después del anuncio de convocatoria; aún no están publicados.

Carcones. F. R. Z. La idea es original y práctica; la falta de espacio nos impide publicar ahora las cuartillas, pero no han de quedar inéditas.

Bonete. E. B. M. La cosa merece espera, y de ello hablaremos despacio.

Melilla. M. L. O. Entendemos que serán menester los tres años.

Soto de los Infantes. L. T. Le costará cinco pesetas por inserción; el pago de los anuncios es siempre anticipado.

Nomenclátor escolar de España

Nuestros lectores saben que, desde hace muchos años, siempre que se anunciaban concursos u otras plazas, publicábamos el **NOMENCLATOR DE VACANTES** con datos estadísticos, geográficos, comerciales, etcétera. Ahora se nos pide un **NOMENCLATOR** que contenga todas las Escuelas españolas, y nosotros, que estamos siempre estudiando la manera de complacer á nuestros lectores, y proporcionarles todos los elementos de información necesarios y todas las ventajas que sean posibles, hemos decidido publicar un **NOMENCLATOR ESCOLAR DE ESPAÑA** con cuantos datos podamos reunir sobre ayuntamientos, partidos judiciales, agregados, número de habitantes, clase de Escuelas que tienen (graduadas, unitarias de niños, de niñas, mixtas para Maestros, ídem para Maestras, etcétera), estación férrea más próxima, distancia a la misma y a la cabeza de partido, carreteras, elementos de vida, etcétera.

Haremos esta publicación en el periódico, en forma encuadernable, para que pueda conservarse cómodamente, y luego se publicará en libro aparte, que se venderá a precio elevado. El libro contendrá datos de los ayuntamientos de toda España, agregados, aldeas, etc., es decir, de todos los grupos de población que tienen Escuela, y los datos de éstas. Calculamos que tendrá de 400 a 500 páginas, en tamaño de **EL MAGISTERIO ESPAÑOL**, en forma de estados, y, por esto podrán nuestros lectores calcular el trabajo que ello supone, y el esfuerzo y gasto que representa.